



MAJA HADERLAP

“Durante mucho tiempo se ha descuidado a los supervivientes, no se les ha preguntado”



"Siempre ha habido mucha comprensión hacia los artistas masculinos con problemas de conducta", señala la escritora.

Nunca conviene renegar de la historia. En *El ángel del olvido* Maja Haderlap muestra a través de testimonios ficticios y documentales el horror del nazismo en la región fronteriza de Carintia. Un estremecedor relato contra la desmemoria que avisa sobre la reaparición de la ultraderecha en el continente europeo.

Carmen Rosa (Berlín)

Maja Haderlap (Eisenkappel-Vellach, 1961) es austriaca pero entiende el mundo en dos idiomas, alemán y esloveno. Forma parte de eso que llaman una minoría lingüística, un micromundo dentro de un país al que la diversidad de identidades le resulta, en muchas ocasiones, un incordio. Haderlap tiene 59 años, no vivió la Segunda Guerra Mundial, pero tiene la memoria llena de los horrores que el nazismo esparció por su región, Carintia, y por su familia. Porque el dolor y el sufrimiento pueden dejar cicatrices de las que duelen durante generaciones.

Tras un largo viaje interior de ida y vuelta hacia sus orígenes, Haderlap, una de las poetas, dramaturgas y novelistas más brillantes de la actual Europa, publicó en 2011 su novela *El ángel del olvido*. Con ella no solo se hizo con el prestigioso premio Bachmann, sino que consiguió algo más complicado: abrir el incómodo debate sobre el colaboracionismo de Austria durante el nazismo, sobre cómo gestionar el hecho de no haberse posicionado en el lado correcto de la historia. Hoy, con los tambores del fascismo retumbando de nuevo por el continente europeo, y 75 años después de la liberación de Auschwitz, *El ángel del olvido*, el libro de Haderlap, traducido al español por la editorial Periférica, resulta, si cabe, aún más relevante y universal. Una abuela, superviviente, cuya memoria regresa siempre a los cuatro años que pasó en el campo de Ravensbrück. Un padre que fue partisano cuando aún debía ser solo un niño, con el alma resquebrajada por los horrores de la guerra, esa “pérfida cazadora hombres”. Héroe anónimo inspirados en sus vecinos y en su propia familia, con los que Haderlap nos empuja a recordar, a conocer la historia como protección contra los que se empeñan, de cuando en cuando, en reescribirla.

¿Cree que ahora, nueve años después de la publicación original de ‘El ángel del olvido’ y con el auge de los nuevos fascismos, el lector tendrá una perspectiva diferente de la historia que cuenta?

Escribir sobre la historia y los contextos históricos siempre requiere salir y tomar distancia de tu propia época para poder mirar hacia atrás. Si tienes suerte, tu obra verá la luz justo en el momento adecuado, como fue el caso de mi novela. Uno no puede planear que eso ocurra porque siempre y en todas partes suceden imprevistos que conducen a cambios políticos. De repente, lo que antes nos parecía viejo y trasnochado, ahora nos resulta un tema de rabiosa actualidad. Esto ha pasado con el extremismo de derechas, que tanto daño causó en Europa en el siglo XX. Pero es que la ultraderecha, como idea y como modelo de acción política, no desapareció con el final de la Segunda Guerra Mundial, no se desvaneció en el aire de un día para otro. Lo que hizo fue mutar y por eso hoy nos vemos lidiando con ese mismo extremismo, pero envuelto en una forma diferente. Para poder reconocerlo resulta esencial conocer la historia. No podemos prescindir de las experiencias del pasado porque tenemos que ser capaces de comparar y diferenciar, de plantear preguntas. Solo así podremos tener las herramientas para enfrentarnos a esta nueva realidad y orientarnos dentro de ella.

Vivimos tiempos en los que algunos se empeñan en borrar la memoria. Hay políticos que incluso quieren reescribir la historia del nazismo. ¿Cómo pueden los artistas combatir esa peligrosa tendencia?

Los artistas pueden llamar la atención sobre las carencias de nuestras sociedades. Pero deberíamos centrarnos más en las víctimas, en aquellos que fueron arrollados y cuyas vidas fueron destrozadas, aniquiladas. Durante mucho tiempo se ha descuidado a los supervivientes, no se les ha preguntado. Tampoco a los descendientes de aquellas familias que durante la época del nazismo padecieron tantas pérdidas y sufrimiento. Yo vengo de una familia a la que el nacionalsocialismo

le marcó para siempre porque opuso resistencia. Eran personas muy humildes y sencillas. Porque no hace falta ser muy culto para comprender que se está llevando a cabo una injusticia. Para eso basta con tener empatía. La historia del nacionalsocialismo ya se ha escrito a través de los ojos y los recuerdos de las innumerables víctimas que dejó a su paso. Sobre eso no hay nada nuevo que decir. Pero, ahora que los últimos testigos de aquel horror están muriendo, surgirán aquí y allá intentos por reescribir la historia. Por eso nuestro deber como artistas es recordar a todos aquellos que perdieron su vida.

‘El ángel del olvido’ repasa la historia de la región de Carintia, de los partisanos que lucharon contra el nazismo más por supervivencia e indignación que por ideales políticos ¿Cómo fue el proceso de investigación y documentación de esta novela?

El proceso fue difícil y me llevó décadas. Tuve que prepararme poco a poco para poder enfrentarme a la historia de mi familia y de nuestros vecinos. Para mí, lo primero y más importante era escapar de allí y vivir mi propia vida. Pero como seguí viviendo y trabajando en la región de Carintia, nunca perdí el contacto con los desplazados, con las víctimas de aquella época. Era un tema recurrente porque, en Carintia y en Austria, cada vez que se produce una crisis política, inmediatamente se vuelve a caer en los mismos viejos patrones destructivos. Se identifica por inercia a un enemigo, el mismo que ya lo había sido en el pasado. Esto nos muestra que la historia continúa influyéndonos más en lo invisible e intangible que en lo visible. Por eso tenemos que estar alerta. Ya había cumplido los 40 cuando empecé a pensar en una novela y a recopilar historias. Y pasaron siete años y un intenso proceso creativo hasta que conseguí acabarla.

El resultado es una mezcla de documento histórico, novela y autobiografía. ¿Qué elementos extrajo de su propia familia?

En realidad estuve mucho tiempo tratando de evitar los elementos autobiográficos porque tenía miedo. Esa sensación llegó tan lejos que hasta consideré escribir una novela puramente de ficción. Pero entonces sentí que no podía ser, que tenía que permitir que los testigos hablaran, tenía que intentar mostrar los procesos de la memoria. Yo fui y soy parte del proceso de hacer memoria, así que también formo parte de la novela. Pero no se trata de una novela sobre mi memoria, sino que es un texto que utiliza medios literarios para explicar cómo la guerra tiene un efecto perenne en las personas y que los descendientes tampoco se libran de su destructiva influencia. La novela también tiene un carácter documental, porque las personas y las historias que aparecen en ella existieron de verdad. En este sentido, intenté combinar literatura y documentación. *El ángel del olvido*

“No hace falta ser una persona muy culta para comprender una injusticia. Basta con tener empatía”

también tiene un doble yo, uno infantil y otro adulto, un yo que experimenta y otro que reflexiona.

¿Su objetivo fue hacer justicia a la minoría eslovena de su región o se trató más bien de una autoterapia sobre sus propios fantasmas y los de su familia?

Lo que pretendía era capturar algo que estaba a punto de caer en el olvido. También mostrar que no debemos resignarnos a la represión que conlleva la violencia. El libro trata de una experiencia de violencia extrema que en Carintia se ha trivializado políticamente, incluso

criminalizado. En este sentido, la novela también tiene algo de justificatorio, aunque para mí no se trataba de enjuiciar a nadie. Eso sería demasiado fácil y, además, detesto explicar las cosas como blanco o negro, eso me aburre mucho. Y sí, definitivamente el libro tuvo también función terapéutica, no solo para mi país, sino también para mí. **Las mujeres de la novela, la abuela y la madre, son representadas como personajes fuertes a pesar del horror que han vivido. Los hombres, sin embargo, consiguen que sus propios traumas desestabilicen a toda la familia.**

Ya en la literatura clásica, las mujeres son las que lloran después de las guerras y las que se ocupan de organizar la vida tras la destrucción. Ocurre lo mismo en mi novela. Las mujeres consiguen, a duras penas, mantener unido algo que constantemente amenaza con separarse. Este es su gran mérito, pero también su barrera.

¿Qué cree que diría esa abuela superviviente sobre la nueva ola feminista?

No puedo decir qué pensaría mi abuela al respecto. Era muy conservadora e incluso no se fiaba de las mujeres que usaban pantalones. Pero ella nunca tuvo un pensamiento racista y se mostraba muy atenta con todo el mundo. En eso mi abuela fue para mí un modelo a seguir. Se sentía parte de la humanidad y, por encima de todo, parte de la comunidad de mujeres europeas supervivientes de los campos de concentración. De aquella experiencia sacó una especie de confianza en sí misma. Su identidad como superviviente del campo de concentración era para mi abuela una especie de superyó, porque sufrió mucho con aquella experiencia y nunca lo superó. Yo, en cambio, crecí con el movimiento feminista, me formó. Sin embargo, ahora veo que los entornos vitales de las mujeres en diferentes continentes, pero también dentro de los mismos países, se están desmoronando. El discurso feminista se encamina en diferentes direcciones, que desde hace poco incluso están chocando entre sí. Es extraño. Al mismo tiempo, las mujeres han logrado mucho, algo que se puede ver con el actual debate generado por el movimiento #MeToo. Si quisieran, estos movimientos podrían cambiar a mejor muchas más cosas, pero se dejan cegar y confundir para acabar enfrentándose entre sí. El gran problema es que el feminismo choca con los límites del sistema y estamos experimentando una importante resistencia estructural. Esto resulta evidente al ver cómo una parte del movimiento vuelve a abrir la discusión sobre el género y se vuelve cada vez más dogmática, y la otra se ocupa de cuestiones más centradas en organización de la vida y la convivencia.

¿Cree que Austria y Carintia están ya en paz con el pasado? Sobre todo Austria donde, como dice en su novela, muchos consideraron que durante el nazismo “solo mataron un poquito, solo gasearon un poquito”.

En Austria han pasado muchas cosas desde la década de 1980. Hoy existe un consenso social y político al retratar la época del fascismo nazi, que, sin embargo, es cuestionado una y otra vez por la extrema derecha. Los austriacos comenzaron muy tarde a ahondar en su propia participación en los crímenes nazis y se ha olvidado a las víctimas del nacionalsocialismo durante demasiado tiempo. En esto vamos por detrás. Pero la literatura austriaca ha jugado un papel importante en esta reevaluación de la historia, empujando al país a enfrentarse a su pasado. Yo sabía que estaba escribiendo sobre un tema que era tabú en Carintia, y contaba con que la novela recibiera críticas diversas. De hecho, tenía miedo. Luego gané el Premio Ingeborg Bachmann, el interés creció y el libro llegó a muchas lectoras y lectores. Comprobé que la novela funcionaba, que hacía que las personas pensaran y discutieran. Fue un momento muy intenso. Se podía sentir que había tocado un tema sensible, que se había abierto una puerta.

“La literatura austriaca ha jugado un papel importante empujando al país a enfrentarse a su pasado”

Los partisanos de Carintia, como el padre de su novela, son personajes centrales en ella. Eran en su mayoría personas humildes, apolíticas, que lucharon para salvar a sus comunidades de la violencia extrema de los nazis. Acusados de comunistas tras la guerra, su figura fue en gran parte borrada y nunca se les agradeció su sacrificio. ¿Ha conseguido la novela rendir cuentas con ellos?

En Carintia, los partisanos y partisanas fueron criminalizados políticamente. Ocurrió también en otros países europeos, porque la historia de los partisanos es una historia de una minoría que los relatos oficiales se encargaron de mantener silenciada o reescribir como más convincente, y que es necesario rescatar. También en Eslovenia se quiso enterrar la memoria de los partisanos, especialmente lo que ocurrió en el período inmediatamente posterior a la guerra, el tiempo de las purgas. Por eso mi novela también fue muy leída en Eslovenia.

Peter Handke, Premio Nobel de Literatura 2019, es también originario de Carintia. Es muy criticado, acusado de minimizar otro genocidio, el de Srebrenica. ¿Se puede valorar el trabajo de un artista independientemente de su ideología o posición política?

Este debate no es nuevo. Ya en la escuela secundaria se discutía sobre si leer o no textos de los comunistas. Está demostrado que las convicciones políticas de los autores influyen en cómo se recibe su obra. También hay que decir que en el mundo del arte siempre ha habido mucha comprensión hacia los artistas masculinos con problemas de conducta. No importaba si alguien era fascista o violador. Ese estar fuera de lo correcto, ser polémico, le daba a sus obras de arte un aire especial. Pero la indignación contra Handke ha tenido un objetivo diferente. A su caso se añadieron las grabaciones que le mostraron en el funeral de Slobodan Milošević. Los medios de comunicación pudieron recurrir rápidamente a un documento gráfico, no tenían que usar la literatura o la obra de Handke para criticarle. Pero la faceta política de Handke tiene muchos más matices y resulta más compleja. No es tan simple como la imagen que han dado los medios. Esa otra cara de Handke ha sido completamente ignorada y eso me gustaría resaltarlo. En los medios se mezclaron una gran cantidad de acusaciones contra la literatura y el arte.

¿Observa similitudes entre su trabajo y el de Handke por el lugar común del que proceden?

La región fronteriza de Carintia influyó fuertemente en la literatura de Handke. Sus obras siempre giran en torno a cuestiones relacionadas con el lenguaje, la frontera, los marginados. En eso nos parecemos, incluso siendo completamente diferentes. Nuestras vidas han sido muy distintas. Peter Handke consiguió alcanzar el Olimpo literario sin tener que lidiar con las condiciones a las que se enfrenta un escritor perteneciente a una minoría. Él tuvo siempre el papel del observador. Nunca tuvo que elegir entre dos idiomas y nunca tuvo que luchar contra limitaciones estructurales como sí les ocurrió a sus colegas eslovenos de Carintia. Yo estuve primero vinculada al idioma esloveno y tuve que buscar e identificar mi voz interior, desde la que escribir. Aunque seguí mi propio camino, me quedé a vivir y trabajar en la región fronteriza. Ahora escribo en alemán pero me siento en ambos contextos. ■